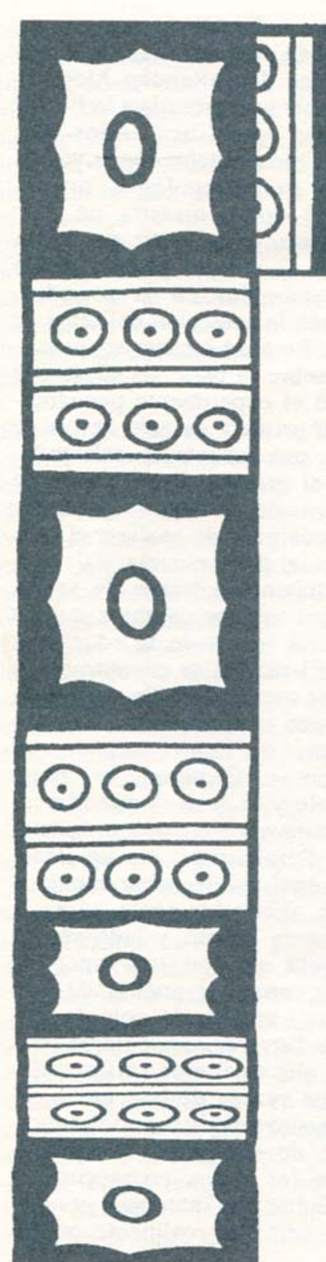


Mercedes Olivera

Etnohistoriadora propositiva

María de los Ángeles
Romero Frizzi

Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales



Serie biografías, núm. 6
Abril 2005

Esta serie de biografías tiene como objetivo divulgar la vida y obra de los antropólogos y etnólogos que han contribuido de manera significativa a la conformación y desarrollo de las ciencias antropológicas en nuestro país.
Para cualquier asunto relacionado con esta serie o con el Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, favor de dirigirse al Apartado Postal 22230, Tlalpan 14000, México, D. F., o a la siguiente dirección electrónica: *ceasac@yahoo.com*

Serie dirigida por Teresa Rojas Rabiela
Abril 2005

MERCEDES OLIVERA

María de los Ángeles
Romero Frizzi
(INAH Oaxaca)

En la segunda mitad de la década de 1960, cuando yo estudiaba etnohistoria en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la doctora Mercedes Olivera Bustamante era para nosotros, sus alumnos, sólo Mercedes y en muchas ocasiones Meche. Ahora que escribo sobre su vida académica, quisiera referirme a ella con estos nombres, como un símbolo del respeto que siento por su trabajo, por el compromiso que ha mantenido con la sociedad y por la congruencia entre sus ideas y sus acciones.

Debo confesar que resulta difícil resumir los aportes de Mercedes a la antropología mexicana dado que su trabajo ha recorrido innumerables caminos: la crítica a la política indigenista mexicana, la etnohistoria tanto en la corriente estructuralista como en el materialismo histórico; el desarrollo de los indígenas basado en el respeto de sus identidades culturales y en el apoyo a la posibilidad de que tengan gobiernos como pueblos; el trabajo al lado de las mujeres indígenas y muchos senderos más.

Meche ingresó a la ENAH en 1956, cuando la escuela se encontraba en la calle de Moneda, en el centro histórico de la ciudad de México, a un costado de Palacio Nacional. Antes de entrar en el terreno de la antropología, había cursado los estudios de maestra normalista, donde por cierto fue compañera de Juan José Rendón Monzón, quien también ingresaría a la ENAH a estudiar lingüística. Años más tarde, cuando Meche concluyó sus estudios de antropología, sus inquietudes como maestra no desaparecieron y su sentir de que a través de la educación era posible realizar cambios en la sociedad, influyó en la selección del tema de su tesis. Empezó a hacer su investigación sobre la parte social de que significó el experimento pedagógico de la primera escuela activa de México, una escuela oficial fundada por el maestro Pepe Tapia. Se había armado un equipo y Meche era la encargada de analizar el contexto social de la escuela, y de darle seguimiento a través de varios años para ver los cambios que se lograban a través de la educación activa. El plantel se encontraba en una zona marginal de la ciudad de México, en la periferia del llamado Cuadrante de San Francisco, en Coyoacán. El Cuadrante era como un pueblo y la zona donde Mercedes trabajó era muy pobre, habitada por delincuentes; era un llano, un pedregal donde había cuevas y en ellas, miserablemente, vivía la gente, hasta rateros y ladrones. A la escuela asistían tres tipos de alumnos, uno del pueblo de San Francisco, otro de la colonia Romero de Terreros, una colonia residencial que estaba en formación y otros que venían de las cuevas. El experimento consistía en introducir técnicas de educación que permitieran a los niños reconocer sus capacidades, sus intereses, sus formas de ser. Era realmente un es-

fuerzo novedoso que se trabajaba con la técnica Freinet de la imprenta, como una forma de expresión y de creación. Por desgracia no alcanzaron a ver el fruto del intento, pues Meche y su equipo llevaban un año trabajando cuando el proyecto se frustró y ella tuvo que hacer la tesis con los datos que tenía hasta ese momento: la descripción de la situación socioeconómica de los niños que asistían a la escuela. Con eso se graduó, allá por 1961.

Penetrar en los años de la ENAH, cuando Mercedes estudiaba, significa conocer a sus maestros y hablar de sus compañeros. El maestro José Miranda fue importante por todo el conocimiento que brindó a sus alumnos sobre las instituciones indígenas coloniales. Él y Barbro Dahlgren fortalecieron la visión histórica de los estudiantes, les enseñaron el análisis de las fuentes y el trabajo de archivo. Mercedes recuerda a don José como a un personaje y como uno de los maestros que más influyeron en su formación. Otro fue Alejandro Marroquín, que era salvadoreño y trabajaba en el Instituto Nacional Indigenista, les daba la clase de economía campesina y economía de los pueblos indígenas. Ricardo Pozas Ariciniega se ocupaba de estudiar los problemas relacionados con la educación y planteaba muchas críticas a la educación oficial y al sistema de educación indigenista, en especial en torno al tema del bilingüismo, discutiendo si el aprendizaje debía ser en lengua indígena o en castellano. Salvador Mateos Higuera les impartió la clase de códices; Wigberto Jiménez Moreno el curso de introducción a la historia prehispánica, que era su pasión, y Paul Kirchhoff los enseñó a descubrir más acerca del mundo prehispánico. A Francisco de la Maza, Meche lo recuerda como a un "neuras" que daba unas clases excelentes de historia del arte, de arte colonial y arte popular. Con Miguel Covarrubias los alumnos tomaron arte prehispánico y descubrieron a los olmecas, su estética y su influencia en las diferentes culturas prehispánicas. Otro tema que aprendieron con Covarrubias fue el del Istmo, hasta el punto que Mario Vázquez llegó a decir que: "el istmo de Tehuantepec era una invención de Covarrubias".

A pesar de la innegable importancia de los maestros, lo que más profundamente marcó la trayectoria futura de Mercedes y de toda su generación fue la relación entre los mismos alumnos. Entre ellos estaban Guillermo Bonfil, Rodolfo Stavenhagen, Leonel Durán y Juan José Rendón, con quienes ha manteniendo una amistad profunda, y con quienes la unen la inquietud social y el interés por la docencia. Entre sus compañeros que estudiaban arqueología estaban Carlos Navarrete y Jorge Angulo que eran gente de campo y artistas. Navarrete, recordado siempre como un gran conversador, un escritor de cuentos y el alma de las fiestas. Aquellos amigos llegaron a formar un grupo de teatro, del que Mario Vázquez fue su director y Guillermo Bonfil uno de los actores, que montaron unas obritas que nunca llegaron a presentar.

Aquella generación de la ENAH, con su camaradería de amigos, con sus fiestas y sus discusiones sobre la política y la antropología, fue la iniciadora de una nueva corriente en la antropología mexicana: la crítica a la política indigenista y al sistema de educación indigenista. Los estudiantes cuestionaban los estudios antropológicos de enfoque estructuralista y culturalista que se desarrollaban en México, influídos por la antropología norteamericana, en especial por la Escuela de Harvard. Comenzó entonces la crítica sistemática a la política indigenista.



Mercedes Olivera en 1973 a su ingreso al CISINAH

El enfrentamiento entre los jóvenes antropólogos y los representantes nacionales de la política indigenista, en especial Alfonso Caso, alcanzó un punto álgido en el segundo Congreso Indigenista que tuvo lugar en Pátzcuaro, Michoacán (1968). Ahí los estudiantes hicieron una crítica pública, muy fuerte, al indigenismo y se hizo evidente el choque entre las dos generaciones. En un principio la postura revisionista no tuvo una buena acogida ni fue bien entendida entre los que tenían en sus manos a la antropología y la política indigenista. Pero a pesar de todo, la nueva corriente empezó a consolidarse gracias a los aportes de sus integrantes. Guillermo Bonfil publicó un artículo en el que afirmaba que el indígena en México no debía de ser estudiado sólo desde una óptica culturalista, sino como resultado de una situación de dominación colonial que se había prolongado desde el siglo XVIII hasta el presente. Bonfil escribió: "dejaron de haber tzotziles, tzeltales, mixes, choles, mixtecos, otomíes, tarahumaras, seris, y todos fueron convertidos en indios sujetos a una posición servil". Rodolfo Stavenhagen planteó que México no se podía considerar como un país con una sociedad y una economía dual, sino que en realidad había que entender a la sociedad mexicana como una globalidad y ubicar en ella a los indígenas. Aquellos aportes fueron claves, a los que después se sumaron contribuciones del propio Bonfil y del Grupo de Barbados (1971) que iban en el mismo sentido y que daban a los indígenas la posibilidad de hacer un planteamiento propio.



Cerca de Barcelona, al recibir un reconocimiento por un curso impartido en Tarrasa, 1997.

Fue una generación de ruptura con los viejos esquemas de la antropología mexicana y con el indigenismo, y Mercedes Olivera fue parte importante de ella. Sin embargo, a pesar de su postura crítica, conserva, aún hoy en día, una posición de respeto hacia muchos de los antropólogos que participaron en el indigenismo. En una conversación en San Cristóbal las Casas (2001), ella me comentó:

> El indigenismo era planteado por los antropólogos con una gran honestidad, es decir no había, en personas como Aguirre Beltrán, Ricardo Pozas o Julio de la Fuente, un afán de poder; no buscaban un propósito político para privilegio de ellos como antropólogos, sino que era una entrega a un proyecto político nacional. Era aportar a la construcción de la nación la participación indígena. El problema radicaba en el paternalismo inherente al indigenismo en cuanto a que eran los antropólogos y las ciencias antropológicas los que iban a incorporar al indígena a la nacionalidad, era una concepción etnocentrista. Los indígenas tenían que considerarse como sujetos y ellos no tenían que integrarse a la nación. Realmente ya estaban integrados a través del sistema económico que los explotaba en las fincas y en el mercado. El problema era que estaban desigualmente integrados a la nacionalidad y desde el punto de vista de clase social habían estado marginados, discriminados y explotados y desde el punto de vista de su cultura habían estado ignorados desde el siglo XIX que los consideró ciudadanos, igual que todos, ignorando que tenían una cultura diferente, que tenían un proceso civilizatorio distinto, que no estaban desligados del desarrollo nacional pero que tenían su propia dinámica, sus propios ejes étnicos para la construcción de sus identidades, incluyendo una identidad subordinada en función de la relación con el Estado. Nosotros queríamos que se les diera la posibilidad de fortalecer su propio desarrollo, sobre todo fortalecer sus propias dinámicas culturales y esto iba a ser una riqueza para ellos y para el país: un país multinacional o multiétnico.

Un momento clave en la trayectoria profesional de Mercedes llegó en 1971, cuando el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, en ese momento Subsecretario de Cultura, la nombró para hacerse cargo de la Escuela de Desarrollo en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, dirigida

a estudiantes indígenas. Mercedes pensó que Aguirre empezaba a tener puntos en común con la crítica al indigenismo porque en el mismo momento se nombraba a Guillermo Bonfil como director general del Instituto Nacional de Antropología a Historia y a Salomón Nahmad como director del INI:

> Yo creía que el Dr. Aguirre nos estaba dando un espacio para probarnos a nosotros mismos, para probar nuestras posiciones teóricas en la práctica, pero me equivoqué. Eso era lo que yo creía pero no era la realidad, porque precisamente en la Escuela de Desarrollo se planteó poner en práctica la posibilidad de una educación con un sentido no integracionista sino de recuperación de la etnicidad y de los propios espacios indígenas. Estábamos trabajando cuando se planteó la posibilidad de concretar el esfuerzo en un documento como parte del proyecto, de una experiencia en marcha, cuando nos plantearon el cierre de la Escuela. La reacción del Dr. Aguirre fue interesante: él nos acusó de que queríamos, y yo concretamente, organizar el poder indio a semejanza del poder negro y pues esto no... ¡Ojalá hubiera sido! pero no teníamos esa posibilidad, ni esa fuerza. Era apenas abrir un espacio para que los propios indígenas tuvieran la posibilidad de decidir sobre sus vidas, sobre sus culturas, sobre sus formas de organización, sobre su propia dinámica.

Esa experiencia llevó a Mercedes a pensar que era necesario trabajar más y que había que buscar el camino de las transformaciones no a través de las instituciones oficiales, sino mediante el trabajo directo con las comunidades, con el pueblo, como lo ha venido realizando en años más cercanos a nosotros.



Mercedes Olivera con Arturo Warman, Guillermo de la Peña y Pedro Carrasco, en el Congreso Indigenista Interamericano celebrado en Lima, Perú en 1969.

Su aporte a la Etnohistoria. Muchos de nosotros conocemos el libro de Mercedes Olivera, *Pillis y macehuales. Las formaciones sociales y los modos de producción de Tecali del siglo XII al XVI* (1978), y otros trabajos más breves pero no menos importantes como "Los choloques y los cholultecas. Apuntes sobre las relaciones étnicas en Cholula hasta el siglo XVI", que escribió junto con Cayetano Reyes (1969); "El barrio de San Andrés Cholula" (1972) y "La estructura social de Tecali en el siglo XVI" (1973). Este giro de Mercedes hacia la etnohistoria no puede entenderse sin conocer su cuestionamiento de la antropología, a raíz de sus vivencias en la zona de Cholula, cuando ella colaboraba en el proyecto de investigación Puebla-Tlaxcala (1964-1969). Este proyecto de investigación fue apoyado por la Fundación Alemana para la Investigación Científica, el INAH y la UNAM, bajo cuyos auspicios se inició la reconstrucción de la pirámide de Cholula y el reconocimiento del Valle Poblano-Tlaxcalteca: se realizaron estudios geográficos, arqueológicos, históricos y etnológicos con el objetivo de entender las relaciones interétnicas en la región. A través del maestro Paul Kirchhoff se involucraron en el proyecto varios alumnos de doctorado entre quienes estaban la misma Mercedes, Guillermo Bonfil, Margarita Nolasco y Alicia Olivera. Mercedes participaba haciendo un estudio sobre el parentesco, la estructura de los barrios y su aspecto religioso, y el gobierno de las comunidades. Efectuó su trabajo en San Andrés Cholula y en San Bernardi-



En un taller de trabajo con mujeres de la Organización Cenzontle, trabajando en el libro *El poder de las mujeres*, Nicaragua, 1988.

no Tlaxcalancingo, agencia municipal de San Andrés Cholula, aplicando un enfoque teórico nacido del estructuralismo y de la corriente culturalista. Mercedes aprendió, con la ayuda de Luis y Cayetano Reyes García, algo de náhuatl y le parecía particularmente interesante vincular los rasgos que encontraba en las comunidades con sus antecedentes en la historia prehispánica, un tipo de encuentro con la Etnohistoria que ella había aprendido en la ENAH, en las clases de Paul Kirchhoff:

> Era interesante encontrar en los archivos datos de los pillis y los macehuales y relacionarlos con los grupos étnicos de la región como los tolteca chichimeca y la población xicalanca; era muy interesante poder trazar la continuidad histórica de Cholula y las diferentes ocupaciones étnicas de la región.

Sin embargo, una experiencia en San Francisco Coapa, como invitada en una ceremonia secreta de matrimonio, la hizo interrogarse una vez más sobre el papel de la antropología. En la ceremonia, la novia, que llevaba varios años viviendo con su esposo con quien ya tenía varios hijos, tuvo que asumir una posición de humillación ante su familia por no estar casada conforme a la costumbre. De rodillas y llorando, ella les pidió perdón a cada uno de los familiares y padrinos presentes sólo por el hecho de ser madre sin estar casada. La pobre mujer fue degradada a la vista de todos, que la consideraron pecadora y sucia por mantener relaciones en unión libre; pero a su compañero, al padre de sus hijos, nadie le dijo ni una palabra de recriminación. Esta experiencia, ahondó en Mercedes las dudas que tenía sobre el papel de la antropología:

> No basta con que vayamos al campo y tratemos de ser aceptados en el seno de la comunidad, al interior de las familias, ser testigos de su vida y de los problemas de discriminación que se viven en su seno y los publiquemo, y después podamos mantener una posición al margen.
> Nuestra presencia avalaba esto y entonces estábamos ayudando a la reproducción de la subordinación de las mujeres. Para mi eso fue una crisis en relación al tipo de Antropología que hacíamos. Tenemos que trabajar incorporando a las personas a las propias investigaciones y nosotros incorporándonos a sus procesos. Tenemos que hacer un trabajo que tenga un sentido político o propiciar los cambios hacia la dirección que nos parece. En este caso evitar mínimamente la violación de los derechos humanos de las mujeres. Pero lo mismo cuando estudiamos la producción, cuando estudiamos las formas de extracción de la plusvalía, las relaciones entre los que tienen el poder y los que no lo tienen y lo único que hacemos es describirlo, estudiarlo, analizarlo. A mí en ese momento me nació la decisión de que no podía seguir haciendo este trabajo antropológico de tipo científico. Mi crisis fue muy fuerte y me refugié en la Etnohistoria, hice mi tesis de los indios muertos, de los pillis y los macehuales.

No obstante que su interés por la etnohistoria surgió de esa crisis, su trabajo en esta disciplina representó un aporte, ayudó a entender la organización social de Tecali en la época prehispánica y en el siglo XVI. El libro *Pillis y macehuales*, a pesar de ser un trabajo etnohistórico, deja ver con claridad el compromiso de Mercedes con la sociedad contemporánea y la importancia que había adquirido en la antropología mexicana otra corriente de pensamiento: el marxismo estructuralista. Es notorio el interés de Meche por encontrar a través de la historia las causas y las razones de la desigualdad social. Pero como ella dijo, después de la experiencia en San Francisco Coapa y a pesar de los trabajos que publicó sobre la región de Cholula, su decisión estaba tomada; a partir de entonces su posición sería que el trabajo del científico social, del antropólogo, debía de estar ligado a los procesos sociales, no sólo para describirlos, sino para vivirlos junto con la gente y acompañarla en sus procesos de cambio; aportarle instrumentos para entender su realidad y enriquecerla, y que poco a poco las mismas personas puedan ir tomando sus decisiones.

La realidad habría de mostrar que el cambio social, la mejoría en las condiciones de vida de los trabajadores,

es un proceso difícil. En 1976, Mercedes junto con Ana Salazar, Ana Bella Pérez Castro y otras antropólogas, comenzaron a trabajar en las fincas cafetaleras de Chiapas. Fue un momento de crisis económica porque los precios del café bajaron y los dueños de las fincas, en particular los del norte del estado de Chiapas, cambiaron la producción de café por la cría de ganado, desalojando a los peones que habían estado trabajando en esas tierras por generaciones. Caravanas de trabajadores abandonaron la región para buscar su vida en otras regiones del estado. En ese momento, a Mercedes y a las otras antropólogas, las llamaron a colaborar con una comunidad donde se habían refugiado varios de los antiguos peones. En una asamblea surgió la información de que de conforme a la ley, si una persona ocupa una tierra por más de cinco años la puede considerar como su propiedad. Nada más saber esto significó el retorno de los peones a las fincas para recuperar la tierra donde habían pasado toda su vida. Como era lógico, la lucha para recuperar las tierras, unida al resentimiento de los peones contra sus patrones y administradores, desataron la violencia. La represión del ejército no se hizo esperar, desalojó a los campesinos de las fincas y hubo muchos muertos.

Para mí fue otra experiencia terrible en relación a nuestro trabajo antropológico. Es decir no podemos hacer nada más teoría, ni escribir sólo historia; tenemos que participar como sujetos de la historia, pero debemos tener suficiente claridad para no pensar que somos nosotros los que tomamos las decisiones o impulsamos decisiones que ni siquiera los propios indígenas han asimilado, ni han previsto las consecuencias. Desde luego yo creo que el movimiento fue importante pues dio origen al surgimiento de una organización campesina y finalmente a la distribución agraria que se dio en Chiapas con un atraso grandísimo y muchos de los ejidos de esa zona se formaron entonces y los que ya estaban desde la época de Cárdenas hicieron movimientos de ampliación.


En el Cuadrante de San Francisco, 1961.

Estas experiencias reafirmaron en Mercedes la idea de que la antropología no es sólo teoría y que nuestros trabajos, nuestras descripciones e interpretaciones, pocas veces sirven a la gente con la que trabajamos y que lo que hacemos en realidad es usar a esas personas. Mercedes afirma que hay que reflexionar y cuestionar el papel de la antropología como ciencia pura que ayuda a tener conocimientos que después, quién sabe cuando, va a permitir entender la realidad; no podemos actuar así.

El trabajo antropológico de Mercedes ha estado marcado por varias corrientes de pensamiento: la crítica al indigenismo, su camino hacia la etnohistoria, influido por las posiciones culturalistas y estructuralistas norteamericanas y francesas, y después por la teoría marxista de los modos de producción. Lo posterior es diferente, tal vez, como ella dice, con menos teoría pero con mucha más referencia a las

transformaciones hechas por los mismos sujetos, en particular por las mujeres. En los últimos años, de 1980 a la actualidad, su trabajo ha consistido en colaborar con las mujeres: con las refugiadas guatemaltecas, con las mujeres y los niños de Nicaragua y El Salvador, con las zapatistas. Su labor ha estado orientada al género pero fundamentalmente vista así: el trabajo con las mujeres para que ellas sean las investigadoras de su realidad y puedan tomar sus decisiones. Por ejemplo, el trabajo que realizó con las mujeres refugiadas guatemaltecas, fue particularmente importante porque en él ellas mismas fueron las que escribieron, las que hablaron. Meche y otras colaboradoras sólo recogieron los materiales y los revisaron con las mujeres, y ellas fueron encontrando y afinando sus posiciones teóricas y política frente a la realidad. Cuando estas experiencias llegan a publicarse, el nombre de Mercedes no aparece porque los resultados son fruto de experiencias colectivas de organización, de trabajo y de lucha para transformar la realidad. En Chiapas, Mercedes también ha colaborado y estudiado cómo las mujeres han ido transformando su posición subordinada en una posición de rebeldía, sobre todo a partir del levantamiento zapatista, aunque como ella dice: "hay muchos antecedentes y es un proceso largo".

Y para concluir este breve acercamiento al camino andado por Mercedes Olivera, citaré sus palabras sobre el estudio que ella ha estado realizando en estos primeros años del siglo XXI.

Estoy recogiendo las experiencias que he vivido durante los últimos veinte años de mi vida para tratar de entenderlas, para realizar un aporte teórico surgido de esa práctica. No podemos hacer sólo práctica tampoco, sino partiendo de la teoría tenemos que ir a la práctica y después convertirla, sacar las experiencias para hacer aportes teóricos y presentarlos de una manera más sistemática; ese es el recorrido.

Selección bibliográfica

"Notas sobre las actividades religiosas en Tlaxiaco, Oaxaca", *Anales,* vol. 15, INAH, México, 1963.

Con Blanca Sánchez, *Distribución actual de la población indígena de México,* INAH, México, 1964.

Con Roberto Weitlaner, *Los grupos indígenas del Norte de Oaxaca*, INAH, México, 1969.

Con Arturo Warman, Margarita Nolasco y otros, *De eso que llaman Antropología mexicana,* Editorial Nuestro Tiempo, México, 1970.

"Tecali en el siglo XVI", *Comunicaciones*, Fundación Alemana para la Investigación Científica, México, 1973.

Pillis y macehuales. Las formaciones sociales y los modos de producción de Tecali del siglo XII al XVIII, Centro de Investigaciones Superiores del INAH (Ediciones de la Casa Chata, núm. 6), México, 1978.

"La explotación de las mujeres acasilladas en Chiapas", *Cuadernos Agrarios*, núm. 9. México, 1976.

"La Escuela de Desarrollo Regional del INI, 30 años después. Revisión crítica", *México Indígena*, edición especial, INI. México, 1978.

"La mujer y el régimen hacendario en Chiapas", *Anales de Antropología*, UNAM, México, 1978.

"El sur de México, datos sobre la problemática indígena", *Serie Antropológicas*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1980.

La situación de la mujer y de los niños en Nicaragua, INIM, Nicaragua, 1988.

Lineamientos para la política nacional de educación sexual en Nicaragua, Nicaragua, INIM, 1988.

Cartillas de educación sexual, INIM-ATC, Managua, Nicaragua, 1988.

Con Ana Fernández, "Subordinación de género en las organizaciones populares nicaraguenses", en Carlos Vilas (coord.), *Democracia emergente en Centroamérica,* CIIHU, UNAM, México, 1993.

Con Gloria Sierra, *Instrumentos jurídicos sobre el refugio y la repatriación de las mujeres en México y Centroamérica*, CIAM, 1993.

"Acteal, efectos de la guerra de baja intensidad", en Aída Hernández, *La otra palabra. Mujeres y violencia en Chiapas,* CIESAS, COLEM, CIAM, México, 1998.

(Coordinadora). *Nuestra experiencia ante los retos del refugio*, Comitán, Chiapas, Organización de Mujeres Guatemaltecas Refugiadas en México / ACNUR, México, 1999.

Experiencias de trabajo con mujeres guatemaltecas refugiadas y retornadas. La migración campo ciudad y las mujeres, México, GIMTRAP, UNAM, México, 2000.

"Mujeres y guerra en Centroamérica y Chiapas", *Chiapas hoy*, CIESAS-SURESTE, en prensa.